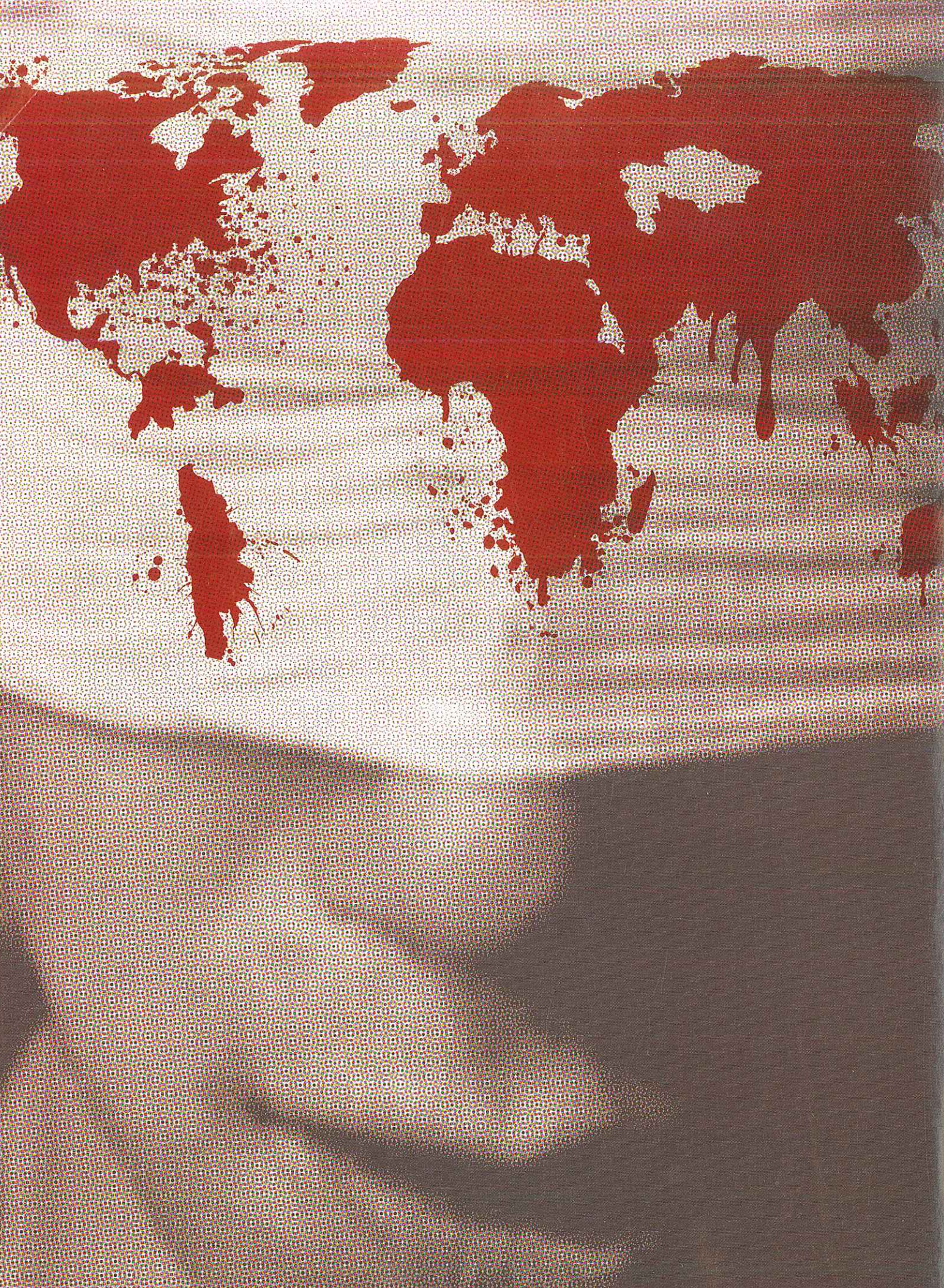


THE NATIONAL ★ ETHAN HAWKE ★ AI WEIWEI ★ NICO ★ J.J. ABRAMS

Rolling Stone®

— PENA DE MUERTE LA ÚLTIMA CRUZADA DE ZAPATERO —



SIGLO XXI: 57 PAÍSES MÁS DE 1.000 ASESINATOS LEGALIZADOS

AL MENOS 682 PERSONAS FUERON EJECUTADAS EN 2012. ES LA CIFRA CONOCIDA, PORQUE SÓLO EN CHINA PUEDE SUPERAR EL MILLAR. MIEDO, DOLOR, OLVIDO: ASÍ ES LA PENA DE MUERTE CARA A CARA

POR *Antonio Fraguas* ILUSTRACIÓN *Paloma Lorenzo* FOTOS *Sofía Moro*

Entro en la celda. Mide cuatro pasos de largo por tres de ancho. Un camastro, un lavabo y un ventanuco. Es todo. Ahora toca esperar a que me llegue la hora. Meses, años, décadas esperando, a solas con uno mismo, con las imágenes del pasado en la cabeza y la incertidumbre del mañana arañando el alma. Bastan cinco minutos para sentir ansiedad y un deseo irrefrenable de salir de ahí. Salgo. Puedo salir. Tengo ese privilegio. La celda está en un pasillo, en la planta baja de un enorme edificio que se encuentra en Madrid, España, Europa. Un continente libre de la pena de muerte, a excepción de Bielorrusia. El calabozo es una reproducción de las celdas en las que más de 23.300 personas en 57 países temen cada día la llegada del alba. 23.300 personas entre las que hay asesinos, violadores, ladrones, narcotraficantes, niños, ancianos, locos... Muchos inocentes. La mayoría, pobres.

Todos estamos condenados a muerte. Esto que llamamos 'vida' no es más que un patíbulo, a veces bello y gratificante, pero un patíbulo al fin y al cabo. Los latidos del corazón son una cuenta atrás. Escribo en primera persona porque esto va de individuos. Individuos solos, sentados en camastros de celdas olvidadas, o casi. La muerte propia es algo individual, personal e intransferible, como las tarjetas de crédito. Salvarse de una ejecución, por cierto, tiene mucho que ver con el crédito que uno tenga en su tarjeta. Estoy en el 5º Congreso Mundial Contra la Pena de Muerte. El sol de junio calina los alrededores del Palacio Municipal de Congresos de Madrid, en el que más de 1.500 personas de 90 países están aquí para recordar a esos más de 23.000 seres humanos que esperan la muerte a manos de otros seres humanos. Voluntarios, activistas, políticos, embajadores reunidos para centrar sus esfuerzos en lograr que la pena de muerte simplemente desaparezca de la faz de la Tierra.

"El fusilamiento, el tiro en la nuca y el ametrallamiento. La muerte por estrangulamiento, directamente con las manos o posteriormente mediante la horca por un lado, y, por otro, el torniquete y el garrote. La decapitación con el hacha, la espada

o la guillotina. El degüello. El acuchillamiento. La administración de sustancias letales: envenenamiento, la inyección letal y la cámara de gas. La silla eléctrica. La muerte por hambre y abandono en las mazmorras o en las jaulas medievales colgadas a la intemperie (o las prisiones modernas diseñadas para el exterminio de los reclusos, como por ejemplo la cárcel marroquí de Tazmamart, en activo hasta 1991). La flagelación con disciplinas, mimbres, varas, garrotes o cualquier otro artilugio. La lapidación y el aplastamiento (de todo el cuerpo o de la cabeza). El desmembramiento mediante el potro, la rueda o la tracción a cargo de animales. La crucifixión, la sierra y el empalamiento. El arrastramiento hasta la muerte por erosión. Todas las mutilaciones imaginables (amputaciones progresivas de distintos miembros: orejas, lengua, ojos, manos, piernas, extracción de vísceras, despeleamiento, etc.). El ahogamiento. La muerte en la hoguera, en una parrilla. La antorcha (mujeres rociadas con combustible e incendiadas por motivos 'de honor' en algunos pueblos islámicos). El asaeteamiento. La inmersión en metal fundido, o su derramamiento. El enterramiento en vida, total o parcial (con la cabeza al descubierto), con las variantes de la presencia de termitas u otras alimañas. El emparedamiento. El saco y la bota (la introducción del condenado junto con alimañas, para que le devoren), en ocasiones arrojados a continuación a un río. Las fieras (en los circos romanos). El lanzamiento desde un precipicio; desde un puente (aplicado a las mujeres adúlteras en algunas zonas de Asia Menor); o desde un avión (durante la dictadura chilena)". Éste es el catálogo histórico de las formas de ejecución elaborado por Amnistía Internacional. De todos estos métodos todavía hoy se emplean de manera legalizada ocho: la electrocución, la horca, la guillotina, el fusilamiento, la inyección letal, la cámara de gas, la decapitación y la lapidación.

Tiopentato sódico, bromuro de pancuronio y cloruro potásico son las tres sustancias que componen la inyección letal, el método de ejecución más moderno y, supuestamente, más indoloro. Es la ilusión de la medicalización de la muerte, en la que se considera al condenado como a un enfermo al que se 'curará' mediante una inyección. Igual que antiguamente se consideraba que la hoguera o la horca iban a salvar el alma del pecador. "Ningún método actual garantiza una muerte sin dolor", recuerda Mercedes Alonso Álamo, catedrática de Derecho Penal de la Universidad de Valladolid.

"Varios médicos han descrito los problemas que pueden surgir con la inyección letal. Algunos presos con un historial prolongado de uso indebido de estupefacientes pueden tener venas cicatrizadas y puede ser necesaria una intervención quirúrgica para llegar a una vena más profunda. Si el preso forcejea durante la ejecución, el veneno puede entrar en alguna arteria o en el tejido muscular y causar dolores. Si los componentes de la solución letal no están equilibrados o si se combinan prematuramente, la mezcla puede espesarse, obstruir las vías venosas y hacer que la muerte tarde más tiempo en llegar. Si el barbitúrico anestésico no actúa rápidamente, el condenado puede darse cuenta de que se está asfixiando a medida que sus pulmones se paralizan", señala el informe *Cuando el Estado es el que mata*, de Amnistía Internacional.

EL VERDUGO

Es difícil mirar a los ojos a Jerry Givens. Unos ojos remotos, velados por una tristeza infinita. Es un verdugo. Ha matado a 62 personas: 37 en la silla eléctrica, 25 mediante inyección letal. De 60 años, negro y corpulento, fue trabajador de una plantación de tabaco antes de convertirse en miembro del equipo de ejecución del corredor de la muerte del Estado de Virginia. Su elegante traje marrón oscuro, su reloj y sus sortijas de oro le dan un aire de *bluesman*. Tiene maneras de predicador. Durante 23 años tuvo que ocultar a su familia y amigos, bajo juramento, que su forma de ganarse la vida era quitar la vida a los demás. "Sopórtate esa carga porque rezo mucho. Había psicólogos a nuestra disposición, pero nunca recurrí a ellos. El proceso de ejecutar a alguien te convierte en una especie de yoyo emocional. Tienes que ponerte en el modo de ejecución y luego desactivar ese modo. Es bastante difícil mantener el equilibrio mental". Givens lucha ahora contra la pena de muerte. En 1999, él mismo se vio envuelto en un error judicial relacionado con drogas. Pensó entonces que muchas personas del corredor de la muerte podían haber sido víctimas de errores similares. Fue el momento en que su mente hizo clic. Luego llegó a un argumento aún más simple: "No debemos matar a gente para demostrar a otra gente que matar es malo".

El año pasado fueron ejecutadas al menos 682 personas en 21 países, según datos de Amnistía Internacional. Esta organización excluye de la contabilidad a China, donde la falta de transparencia hace imposible calcular una cifra que, según esta ONG, es mayor que el conjunto de todas las ejecuciones realizadas en el resto



Un interno en el corredor de la muerte de la prisión de Cook County, en Illinois.

del mundo. Tras China, el mayor número se registró en Irán, con al menos 314; seguido de Irak, con 149; y Arabia Saudí, con al menos 79. En muchos países ni siquiera se aplica el ojo por ojo. No hace falta ser un asesino para ser ejecutado.

LA DROGA

La corrupción política, la traición y el tráfico de personas, entre otros, son delitos que en algunos países acarrear la pena capital. En 33 de ellos el tráfico de drogas puede ser castigado con la vida. Uno de esos países es Indonesia.

La francesa Sabine Atlaoui nunca ha hablado en público. Está nerviosa. Viene a Madrid para contar la historia de su marido, el también francés Serge Atlaoui, que en 2005 viajó a Indonesia para trabajar en el mantenimiento de lo que él creía era una fábrica de acrílicos. Serge espera en el corredor de la muerte su fusilamiento. Fue detenido en una redada en la que se descubrió que en esa fábrica, en realidad, se producía éxtasis. Asegura que nunca confeccionó droga. Pensaba que en el laboratorio sólo se hacían pruebas con esas sustancias. Se queja, además, de que los únicos condenados a muerte en todo ese proceso son los extranjeros implicados. Tiene razones para la inquietud. Los dos últimos ejecutados

en Indonesia por drogas, en 2008, eran extranjeros. En el corredor de la muerte, Serge se casó con Sabine, que pasea con un cochecito de bebé por el congreso y que se ha lanzado a intentar salvar la vida de su marido. Maya Foa, experta en drogas y pena de muerte de la ONG británica Reprieve, alerta de un hecho que pasa desapercibido: países ricos que han abolido la pena de muerte financian la lucha contra el narcotráfico en países que todavía contemplan la pena capital para delitos relacionados con los estupefacientes. “A veces, los países productores ejemplifican su dureza imponiendo penas muy duras para presumir ante los países que les ayudan”.

Pero hay ocasiones en que para pagar con la vida ni siquiera hace falta cometer un delito. En Irán, por ejemplo, se ejecuta a personas por mantener relaciones homosexuales o por la llamada “enemistad con Dios”. ¿Qué concepto del ser humano, de la dignidad

de la vida humana hay en estos países? Uno podría hacerse esa pregunta tratando de buscar en argumentos culturales o religiosos la razón por la que la legislación de esos países dota de tan poco valor a la vida humana. Pero hay un ejemplo clamoroso que desmonta la tesis del relativismo cultural. Hablamos del ‘país de la libertad’, ese supuesto ejemplo de democracia occidental y respeto a las libertades civiles: Estados Unidos.

En 2012 fueron ejecutadas allí 43 personas y hubo 77 nuevas condenas. En lo que va de año se han registrado 13 ejecuciones. Durante la realización de este reportaje, Elroy Chester y William van Poyck, uno en Texas y el otro en Florida, recibieron la inyección letal. Van Poyck tardó 23 minutos en morir.

LA EJECUCIÓN

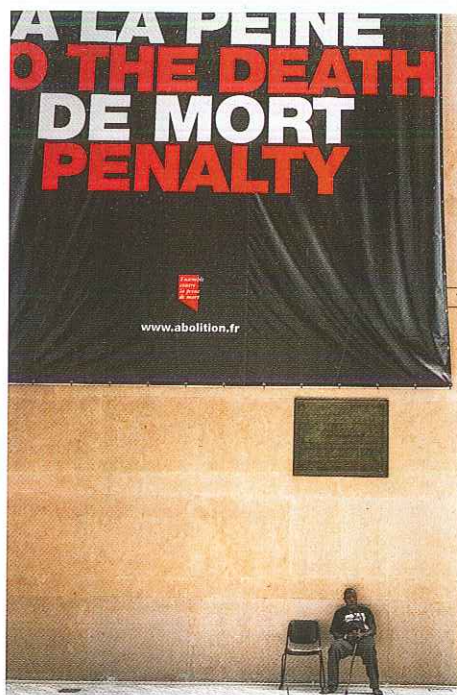
“Es muy difícil explicar cómo es una ejecución. Es presenciar un homicidio. No hay palabras. Una sale muy enfadada, con ganas de luchar, pero después de la tercera ejecución que vi llegué a perder la esperanza y eso no debe ser así. Hay que seguir luchando”. El jaleo del congreso queda en segundo plano cuando Sandra Babcock abre la boca. Esta abogada de Texas ha defendido a más de 50 condenados y ha presenciado tres ejecuciones. La última en 2011. “Es lo más duro que he vivido. En esta última ocasión he tenido que tomarme un año sabático para superar el trauma. Acudí a las ejecuciones porque mis defendidos me lo pidieron, porque muchas veces están solos y tienen problemas con sus familias”. Sandra cree que, en ocasiones, ha sido el único ser humano que realmente ha escuchado lo que esas personas condenadas a muerte tenían que decir, lo que habían padecido, lo que sentían. “El último de mis clientes al que ejecutaron, Humberto Leal García, de 38 años, me contó en español y susurrando al oído que un sacerdote había abusado de él cuando era niño. Era la primera vez que se lo contaba a alguien, no lo había dicho ni siquiera durante el juicio pese a que eso podría haberle ayudado a salvar la vida”. Los ojos grises de Sandra vagan por la sala, a menudo

Para pagar con la vida no hace falta cometer un delito: en Irán se ejecuta a homosexuales

miran al suelo. La fragilidad que transmite su cuerpo contrasta con su fortaleza mental. Tengo la sensación de estar hablando con una verdadera heroína. Como la célebre monja Helen Prejean, a la que encarnó Susan Sarandon en la película *Pena de muerte* (1995), también Sandra ha sido el único atisbo de ternura y humanidad que han recibido muchos condenados. Ha conocido a decenas de ellos y puede hacer un retrato común: "La inmensa mayoría son personas muy vulnerables, de origen humilde, marginadas. Sufren discapacidades mentales, daños cerebrales, o son víctimas de abusos sexuales durante la niñez. La pobreza y la raza son un factor decisivo". El gobierno de México paga los honorarios de esta abogada cuando el acusado es de esa nacionalidad; si no lo es, Sandra trabaja gratis. Lo hace en el más severo de todos los estados de EE UU: Texas. "Allí es casi un milagro salvar a alguien condenado a muerte. El Gobernador y los tribunales son horribles. Tengo un cliente en el corredor de la muerte al que posiblemente le pongan fecha de ejecución este año y solo de pensar en volver a ver aquello... No sé si podría soportarlo, porque el trauma es acumulativo". Le pregunto cómo se llama su cliente. "Prefiero no darte su nombre, porque si sale en la prensa lo mismo llama la atención y fijan su fecha de ejecución". Así se las gastan en Texas.

LAS VÍCTIMAS

Cuando uno repasa los horrores de los crímenes realizados por algunos condenados a muerte, cuando uno se mete en la piel de los familiares y los amigos, es difícil controlar el impulso animal de la venganza, del ojo por ojo. Es fácil acomodarse a esa dialéctica del dolor y la violencia que, como es bien sabido, solo engendra más dolor y más violencia. Los atentados de Casablanca en 2003, en los que 45 personas fueron asesinadas, destrozaron la vida de la profesora Soad El Khammal. Ella estaba con su hija en París cuando terroristas suicidas hicieron saltar por los aires la Casa de España, en cuyo restaurante comían su marido, el abogado Abdelwahed El Khammal y su hijo Taib. "Cuando sucedió el atentado, si hubiera podido matar a los que me arruinaron la vida los habría matado con mis propias manos". Soad, de 56 años, consiguió poco a poco vencer a la pulsión animal de la venganza. Supo diferenciar ese instinto natural de otro más elevado, que es el que nos hace personas: el sentido de la justicia. "Volví a mis principios, me reencontré a mí misma y me di cuenta de que no podía sino estar contra la pena de muerte. Prefiero que los autores de ese atentado pasen toda la vida en la cárcel. Quizá así algún día puedan sentir remordimientos. Quiero que se sientan culpables, pero no ejecutarlos". Soad es el ejemplo de que, como sostenía el discípulo de Darwin, Thomas Henry Huxley, la moralidad y la ética están "en guerra" con los instintos naturales. En cierta manera, el progreso humano se basa en ir en contra de pulsiones naturales como la venganza. Es curiosa la tendencia del ser humano a utilizar cualquier construcción conceptual —ya sea de tipo religioso, político, cultural o legislativo— como excusa para justificar la necesidad de la muerte de otra persona. Murielle Vauthier, coordinadora del congreso, que organiza la ONG francesa Juntos Contra

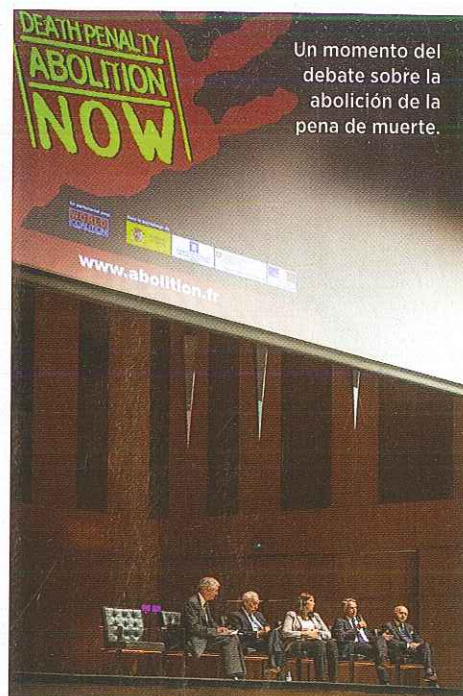


la Pena de Muerte (ECPM en sus siglas en francés), es categórica: "Con la pena de muerte no hay medias tintas, o estás a favor o estás en contra".

Entre los que están a favor, es frecuente oír que matar al asesino consuela a la familia. Que es una especie de 'retribución'. El verdugo Jerry Givens discrepa: "¿Cómo va a ser la ejecución un alivio para los familiares de la víctima? Eso no va a hacer que resucite el ser que han perdido. Cuando una persona ha sido asesinada uno siempre va a tener recuerdos y echarla de menos. Además, en cualquier caso el asesino va a morir, antes o después. Todos vamos a morir". Otro argumento habitual de los partidarios de la pena capital es que es necesaria para hacer frente a las amenazas que sufre la sociedad. Amnistía Internacional ofrece el contraargumento: "Por definición, una persona condenada a muerte deja de ser una amenaza inmediata porque ya está en prisión y, por tanto, fuera de la sociedad".

De sobra es sabido que los índices de criminalidad no bajan con la aplicación de la pena de muerte. Ni siquiera el argumento económico es válido: ¿hay que matar a alguien porque mantenerlo con vida es caro? También lo es ejecutarlo. Según datos del juez Arthur Alarcon y la profesora Paula Mitchell, solo en California el coste de aplicar la pena de muerte desde el año 1978 hasta 2012 asciende a casi 3.000 millones de euros. El último argumento de los amantes del ojo por ojo es el del supuesto apoyo de la opinión pública a la pena de muerte en los países donde se aplica. "El apoyo a la pena capital está muy extendido pero es poco profundo. Basta un cambio legislativo desde arriba, que un líder diga que está mal y que es cruel matar a gente, para que la opinión pública cambie. Sucedió en Francia y lo hemos visto en Estados Unidos, cuando en 2005 abolimos la pena de muerte para menores de edad", apunta Sandra Babcock.

Pero hablemos de otros costes y de otras víctimas. Porque aquí no sólo son víctimas los asesina-



Un momento del debate sobre la abolición de la pena de muerte.

dos y sus familias. También los condenados y sus allegados pagan un coste muy elevado. Las Naciones Unidas definen la tortura como la acción de "infligir intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener información o una confesión, o de castigarla, intimidarla o coaccionarla". ¿No es la espera de la muerte en una celda una forma de tortura o, por lo menos, una forma de trato cruel, inhumano y degradante? "Hay crueldad en la espera del juicio y en la espera de la ejecución. Hay crueldad en la espera del indulto", dice Mercedes Alonso Álamo, catedrática de Derecho Penal de la Universidad de Valladolid. Esa crueldad, ese castigo ininterrumpido recae como una mancha sobre los familiares del condenado.

EL CORREDOR DE LA MUERTE

Una de las 3.170 personas de los corredores de la muerte en Estados Unidos es Pablo Ibar, el único español que se halla en esta situación en todo el mundo. Hijo de Cándido Ibar, un jugador vasco de cesta-punta que emigró a EE UU en 1968, Pablo nació allí en 1971. "Cuando entré en prisión, con 22 años, era un chaval y ahora es un hombre de 41. Ha leído mucho, ha aprendido mucho. Estoy orgulloso de la forma en que ha conseguido mantenerse. Es muy difícil estar tantas horas en una celda de dos por tres metros y estar completamente bien, y yo creo que Pablo está bien", dice Cándido.

Su mujer, Tanya, una enfermera nacida en Florida hace 35 años, contiene a duras penas las lágrimas cada vez que habla de él. "En Estados Unidos soy vista como la amante de un criminal y esa no es quien soy yo. Yo estoy casada con un hombre inocente que espera la pena de muerte". A la espera de una revisión de su juicio, Pablo está acusado de un triple asesinato y su proceso está lleno de irregularidades: "Hubo que suspender dos veces el juicio porque el abogado de oficio que le asignaron en una ocasión padecía una



ASUNTA VIVÓ

Menorquina fajada en el activismo, es secretaria general de la Comisión Internacional Contra la Pena de Muerte, que preside Federico Mayor Zaragoza.

dolencia hepática y, en otra, estaba detenido acusado de violencia machista", cuenta Andrés Krakenberger, portavoz de la asociación que trata de salvar la vida de Pablo: "Ninguna huella dactilar del lugar de los hechos coincide con las suyas. Tampoco el ADN del sudor de la camiseta que llevaba uno de los agresores que, según el tribunal, era Pablo. Un informe de un perito británico que trabaja para Scotland Yard demuestra que no se puede establecer que Pablo sea el individuo que aparece en el vídeo de los asesinatos. Además, un ingeniero ha realizado un estudio midiendo la habitación y el ángulo de la cámara y ha establecido que entre la persona que aparece en las imágenes y Pablo hay una diferencia de altura de cinco centímetros".

Aunque Pablo no fuera inocente, Tanya es contraria a la pena de muerte. "A veces, en las visitas tengo que sentarme junto a asesinos, gente que ha hecho cosas terribles, y la verdad es que uno tiene la sensación de que en el fondo son personas normales que seguramente fueron víctimas antes de convertir a otras personas en víctimas. La mayoría de los que esperan la muerte no recibieron la suficiente ayuda a tiempo. Nuestro sistema se llama 'correcional' y eso es lo que debería hacer, corregir, rehabilitar a personas. Y en vez de gastar dinero en eso nos lo gastamos en matar a gente. Matamos a gente para tratar de evitar que muera más gente. No tiene sentido".

¿Es posible para un familiar de alguien que espera en el corredor de la muerte ser feliz un solo segundo del día? Intento ponerme en su lugar y pienso que cualquier acto cotidiano agradable les traerá pensamientos del tipo: "Cómo puedo estar aquí pasándome bien mientras él sigue encerrado temiendo por su vida". Tanya sonríe: "Para ser honesta, creo que soy muy feliz. No es fácil encontrar el amor verdadero en esta vida. Es una situación terrible, pero estoy feliz de ser lo suficientemente fuerte para afrontar esto. Siempre pienso que hay gente que está peor que yo. Por ejemplo, aquellos que perdieron un familiar en el 11-S, qué no darían por poder visitarlo, aunque fuera en un corredor de la muerte".

Pero, ¿y el sufrimiento? Tanya viaja todas las semanas casi cinco horas para visitar a Pablo en la cárcel. "En vacaciones, cuando hay muchas visitas, alguna vez tengo que dormir en el coche en una gasolinera cercana durante horas para poder asegurarme de que voy a tener turno. En el corredor de la muerte tratan de romperte, quieren quitarnos lo mejor de nosotros mismos a todos, a Pablo, a mí y a su familia. Quieren desanimarnos. Por eso a veces me hacen esperar horas para verle".

La vida de Pablo se reduce a su celda de dos por tres metros, las salidas al patio dos veces a la semana y la ducha, que dura cinco minutos. "En el baño le liberan los pies, pero no las manos. Tiene que ponerse el champú en la cabeza antes de salir de la celda", explica su mujer. Tiene prohibidas las llamadas de teléfono y el acceso a ordenadores. Sí tiene un televisor, de 11 pulgadas, y desde hace poco un reproductor de MP3. "Está encantado con la música, es como hablar con un niño, todo le maravilla. Me sorprende de Pablo lo alegre que es. A veces me dice que no hace falta que vaya si un día estoy cansada, que vaya a hacerme las uñas, a la peluquería. Cuando me toca hacer cosas pesadas, la colada por ejemplo, y veo que voy a quejarme, pienso en lo que

JOAQUÍN JOSÉ MARTÍNEZ

Este español pasó tres años en el corredor de la muerte en EE UU. Durante ese tiempo, leía la edición española de 'Rolling Stone'. 'Me ayudaba a evadirme', nos cuenta.



TANYA IBAR

Enfermera de 35 años, está casada con Pablo Ibar, único español que aguarda en el corredor de la muerte de Florida. "Me admira lo alegre que es Pablo", dice.



daría Pablo por poder hacer esas tareas cotidianas. Sentir pena por uno mismo no te ayuda”.

La de Tanya y Pablo es una rara historia de amor verdadero, una buena lección para los descreídos. Se conocieron poco antes de que Pablo fuera detenido en 1994, cuando Tanya tenía 16 años. Se casaron en prisión, ante notario, en 1998. Pregunto a Tanya si Pablo, por amor, no le pidió que rompieran para no arrastrarla a una vida de sufrimiento y espera. “Sí, hace muchos años me dijo: ‘Te quiero tanto que tengo que dejarte ir’. Entonces me enamoré mil veces más de lo que ya lo estaba. Una no encuentra a su compañero del alma con tanta facilidad”.

Comparadas con las de hace unos años o las de otros países, las condiciones de vida en el corredor de la muerte de EE UU han mejorado algo, reconoce Joaquín José Martínez, español que consiguió salir de prisión tras pasar allí tres años, entre 1999 y 2001. Joaquín José, que hoy vive en Valencia y que acude al congreso acompañado de su mujer Jessica, embarazada de gemelos, se emociona cuando le digo que vengo de *ROLLING STONE*. “A través del consulado recibía en mi celda vuestra revista. Me ayudaba a evadirme”. Pasar por el corredor de la muerte deja huella. “Al entrar ahí dejabas de llamarte Martínez, te conviertes en un número: 124396 era el mío. Me ha dejado muy marcado. Cuando salí y me preguntaron qué quería comer no era capaz de elegir. Muchas noches aún me levanto para comprobar que la puerta abre y cierra bien”.

LA LUCHA POR LA ABOLICIÓN

En los últimos 40 años el número de países que han abandonado esta práctica, ya sea por ley o mediante una moratoria, ha pasado del 20% al 70% del total. Los defensores de la abolición de la pena de muerte son optimistas. Entre los países llamados ‘retencionistas’, los que todavía ejecutan a personas, cada vez son más los que se mueven hacia la abolición. En esa tarea les asesora la Comisión Internacional contra la Pena de Muerte con sede en Ginebra y que preside el español Federico Mayor Zaragoza. De hecho, la Comisión es una iniciativa creada en 2010 por el entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero (a quien entrevistamos en la página siguiente). La menorquina Asunta Vivó es secretaria general de este organismo. “Hay Estados que quieren abolir la pena de muerte y no saben cómo hacerlo. No saben por ejemplo qué hacer con toda la gente que tienen en el corredor de la muerte, o qué protocolos tienen que firmar. Es el caso de Mongolia: entró en la comisión cuando aún no había abolido la pena de muerte y nosotros les hemos asesorado”. Vivó es categórica: “Queremos demostrar que la abolición de la pena de muerte concierne a todo el mundo, no puede haber salvedades culturales”.

Salgo de la celda. El lector puede pasar página. Tenemos ese privilegio. En cambio Jerry, Tanya, Cándido, Pablo, Sandra, Sabine, Joaquín José, y tantos otros que han visto de cerca el rostro de la pena capital, nunca saldrán de esa celda mental que es el miedo, el miedo a una muerte friamente administrada por la inhumana maquinaria de algunos estados. 96



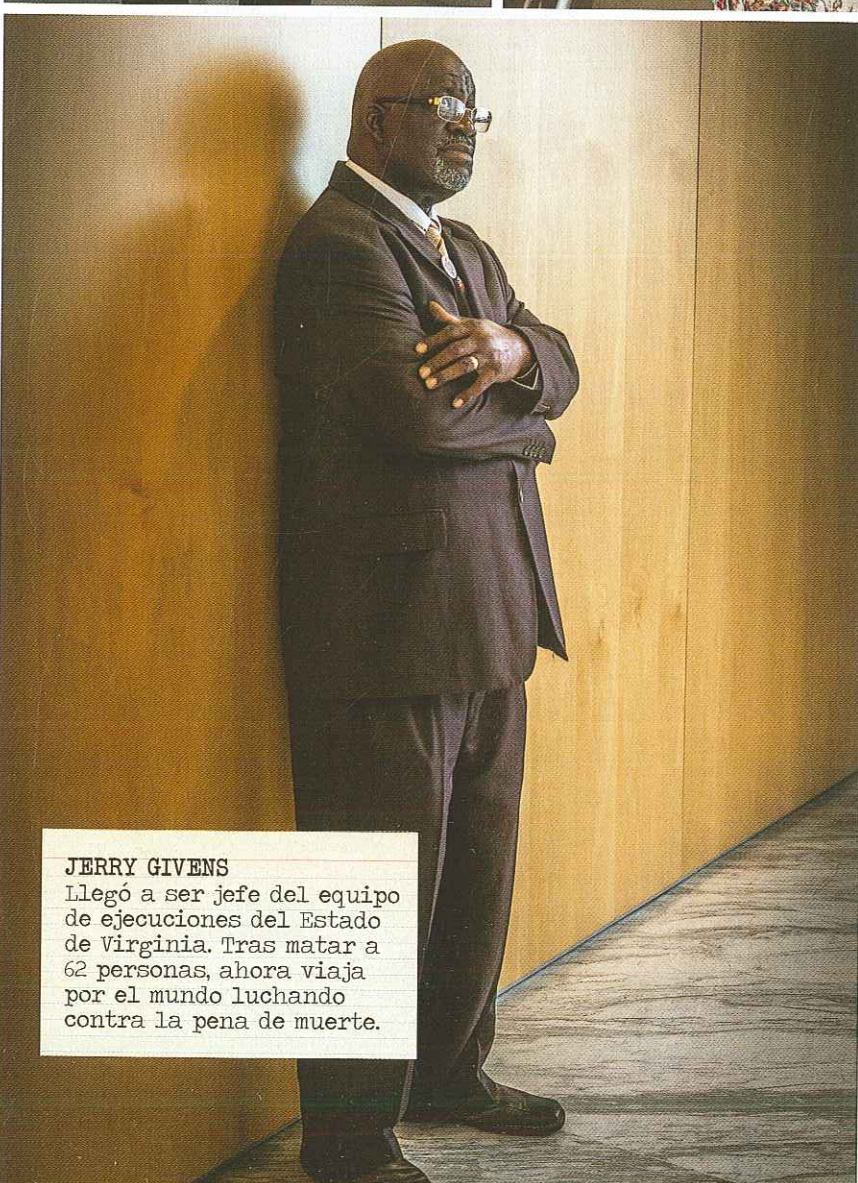
SANDRA BABCOCK

Esta abogada estadounidense se ha defendido a más de 50 condenados en Texas y ha presenciado tres ejecuciones: “Es asistir a un homicidio”, dice.



SOAD EL KHAMMAL

Perdió a su marido y a uno de sus hijos en los atentados de Casablanca. Es una víctima del terrorismo que, sin embargo, lucha contra la pena capital.



JERRY GIVENS

Llegó a ser jefe del equipo de ejecuciones del Estado de Virginia. Tras matar a 62 personas, ahora viaja por el mundo luchando contra la pena de muerte.



#ActivistaZP

Antes de dejar la primera línea de la política, el expresidente Zapatero sentó en 2010 las bases de una red internacional que busca abolir la pena de muerte en el mundo. Alejado de los focos sigue trabajando en ese empeño, para algunos utópico. Es su manera de pasar a la historia.

POR *Antonio Fraguas* FOTO *Ana Nance*

A muchos les sorprendería la reverencia y admiración con la que activistas contra la pena de muerte y familiares de condenados hablan del expresidente español José Luis Rodríguez Zapatero. Con él sucede como con Gorbachov desde la caída del Telón de Acero: disfruta de una gran reputación, pero sobre todo fuera de casa. Zapatero se ha ganado esa fama gracias a dos iniciativas a menudo ridiculizadas por sus detractores, que las tildan de utópicas e ingenuas: la Alianza de Civilizaciones y la Comisión Internacional Contra la Pena de Muerte, ésta última muy poco conocida en España. “Matar es lo más terrible, y ni siquiera el Estado con su legitimidad democrática lo puede hacer”, cuenta. Él es el artífice de que España haya acogido en junio el 5º Congreso Internacional contra la Pena de Muerte. Durante unas jornadas previas a esa cita, accede a contestar unas preguntas a **ROLLING STONE**. Hay una condición: hablar exclusivamente de esta causa; la lucha menos conocida del expresidente.

Llega Zapatero, revuelto en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. El tratamiento es de presidente. Cuatro guardaespaldas, un jefe de gabinete... Tras moderar una mesa redonda sobre el concepto de crueldad aplicado a la pena de muerte, accede a posar para nosotros.

En los tiempos de crisis en los que vivimos, es más difícil llamar la atención sobre realidades como la pena de muerte, ¿por qué te has implicado personalmente en este movimiento abolicionista?

En realidad, me impliqué ya hace algunos años, cuando al comienzo de nuestra segunda Legislatura impulsamos la formación de un Grupo de países de apoyo a la creación de una Comisión Internacional Contra la Pena de Muerte, iniciativa que fructificó en 2010. La Comisión, que preside Federico Mayor Zaragoza y tiene ahora su sede en Ginebra, está haciendo una gran labor. Sus miembros han tenido a bien nombrarme hace unos meses miembro honorario, y me he puesto a su disposición para contribuir con la tarea en lo que esté en mi mano.

La educación es quizá el arma fundamental para formar individuos contrarios a la pena de muerte. El Informe de la Juventud de 2008, que abordaba este tema, señalaba que uno de cada tres jóvenes españoles apoya la pena de muerte. ¿Qué opinión te merece esto?

También se podría hacer la lectura inversa, la de que dos tercios de los jóvenes españoles, una gran mayoría, está en contra de la pena de muerte. En todo caso, eso revela la necesidad de seguir haciendo esfuerzos por consolidar la abolición allí donde se ha producido —en toda la Unión Europea, o en gran parte de América latina, por ejemplo— y lograr que más países de los demás continentes se sumen a la misma o, al menos, a la moratoria que defiende la Comisión Internacional para 2015. La orientación general parece clara, en favor del avance y no del retroceso.

El hecho de que el actual partido en el Gobierno y el resto de partidos dediquen la mayor parte de su atención en la agenda económica, ¿no supone un descuido, cuando no un retroceso, en cuestiones relacionadas con las libertades civiles de las que hiciste bandera durante tu primer mandato?

La crisis está siendo muy dura, con consecuencias sociales dolorosas, y es comprensible que aglutine

muchos esfuerzos, pero, afortunadamente, hay muchas personas, muchos ciudadanos, que mantienen alta la guardia y el vigor ético sobre los derechos civiles, y sobre los efectos de la crisis misma. Y debemos agradecerles.

En España, la pena de muerte fue definitivamente abolida en todos los casos en 1995, pero el artículo de la Constitución que todavía la contempla no ha sido reformado ¿no sería necesaria una reforma constitucional también en este caso?

La Constitución deja sólo abierta la posibilidad de aplicar la pena de muerte en caso de guerra y la ley, secundada por un consenso amplísimo, la ha cerrado. Creo que no hay cuestión sobre este tema, ni la habrá previsiblemente en el futuro.

La Declaración Universal de Derechos Humanos reconoce el derecho de toda persona a la vida. En su artículo 5 establece claramente que “nadie será sometido a tortura ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes”. ¿Significa esto en tu opinión que la aplicación de la pena de muerte viola los Derechos Humanos

“EE UU es admirable por muchas cosas, pero no por la pena de muerte”

En mi opinión, sí, y la doctrina del Tribunal de Estrasburgo sobre el Convenio europeo de Derechos Humanos va en esa dirección. La pena de muerte es esencialmente cruel, inhumana y degradante.

En Estados Unidos se sigue aplicando la pena de muerte y, sin embargo, muchos mandatarios y analistas europeos e internacionales siguen considerando ese país como un ‘faro’ o ‘guía’ en lo que se refiere a derechos y libertades. ¿Compartes esta visión?

Estados Unidos es una de las democracias más antiguas del planeta, admirable por muchas cosas. No lo es, desde luego, por la pervivencia de la pena

de muerte en algunos de sus Estados. Y así lo creen también muchos norteamericanos.

¿Por qué crees que los mandatarios europeos son más intransigentes con las violaciones de derechos humanos en países como China, Cuba o Irán que con las que se producen en Estados Unidos, Japón o Arabia Saudí, como es el caso de la pena de muerte?

Creo que cuando se aborda la cuestión en sí, el rechazo de la pena de muerte no distingue territorios o culturas. Pero quizá pueda parecer que hay más complacencia con los países con los que somos más afines en todo lo demás, incluyendo el reconocimiento compartido del derecho a un proceso con todas las garantías. Sí, puede que esto influya, pero el rechazo a la pena de muerte no debería distinguir latitudes.

En el contexto de la llamada ‘guerra contra el terrorismo’, Estados Unidos emplea ataques selectivos de drones o de comandos en los que, sin juicio previo y sin respetar el derecho a la defensa letrada, se ejecuta a civiles sospechosos. ¿Qué opinión te merece esto? ¿No desacredita los valores occidentales que los aliados de EE UU —entre ellos España— dicen defender? Es más, ¿no dan estas prácticas argumentos a los terroristas?

La lucha contra el terrorismo es más eficaz cuando no pierde la ventaja moral frente a los terroristas al hacerlo desde la ley. Así lo hemos entendido en España, así lo entendió siempre el Gobierno que presidí, y creo que ello tiene mucho que ver con la derrota de la violencia, y su consideración como un objetivo y un triunfo colectivos, que se ha producido entre nosotros. Cuando esa lucha se lleva a cabo fuera del territorio del propio país y tiene connotaciones de conflicto bélico, la cuestión puede ser más compleja. Pero me parece un error, censurable, ceder a la tentación de utilizar esa complejidad como coartada para eludir los principios del Estado de Derecho.

Tu Gobierno felicitó en un comunicado a la Administración Obama por matar a Bin Laden. Luego, en el Parlamento, tú añadiste que te hubiera gustado que Bin Laden hubiera sido sometido a juicio pero que el presunto terrorista “se buscó su destino”. ¿Cómo se compatibiliza esto con la defensa de la abolición de la pena de muerte?

Dije, en efecto, que hubiera deseado que fuera así en ese caso y en todos los demás, que hubiera habido detención y juicio. Pero ante el caso de un terrorista que recibía o había recibido un determinado grado de protección en países extranjeros y que representaba una amenaza cierta, quizá inminente, de infligir daños terribles como los que ya había provocado, no es fácil dar lecciones a los demás, más allá de responder de un determinado proceder al frente de tu propio Gobierno.

El azote de la crisis y las millones de personas en paro son el caldo de cultivo ideal para posiciones extremistas. ¿Cómo contemplas el ascenso de los partidos de extrema derecha en Europa? ¿Temes un contagio a España?

Sinceramente, no creo que ése sea un riesgo que se cierna sobre nuestro país. ☞